

El fenómeno Migratorio Mundial y los desafíos para la Misión de los Cristianos Laicos/as Misioneros Scalabrinianos

*Roberto Marinucci**

Las migraciones no constituyen una novedad de la época contemporánea. Por lo que se ve, siempre hubo flujos migratorios en el transcurso de la historia de la humanidad. Sin embargo, las migraciones, en cuanto fenómenos humanos y sociales, presentan siempre características peculiares de la época y del contexto en que se desarrollan. Sería ingenuo, por lo tanto, pensar en responder a los desafíos migratorios actuales a partir de viejos abordajes, anacrónicos. Lo que fue bueno en el pasado no necesariamente va a ser bueno en el presente. Por lo tanto, antes de pensar en respuestas operacionales, es necesario responder a unos cuestionamientos: cuáles son las características peculiares de la migraciones contemporáneas? Qué es lo que nos desafía, en cuanto seres humanos, cristianos y scalabrinianos laicos y laicas? La expresión “lo que nos desafía” puede ser traducida también como: “qué es lo que nos deja indignados?”, o “qué es lo que hiera nuestra sensibilidad y nuestra consciencia”, o “qué es lo que contradice nuestros valores”, pero también, “qué es lo que revela la presencia salvadora y libertadora de Dios, “lo que representa una señal de los tiempos”, “lo que nos llama a la conversión”?

1. La relatividad de lo “humano”

El primer desafío a ser enfatizado en el análisis de los flujos migratorios contemporáneos es la llamada “relatividad de lo humano”. Es común, en nuestra época, hablar de “relativismo” con relación a doctrinas religiosas. En nuestro caso, por “relatividad humana” entendemos la subordinación del ser humano y su dignidad a otros referentes de valores, como el mercado neoliberal, el dinero, el poder, el nacionalismo, la identidad nacional, étnica, racial o religiosa. El ser humano deja de ser un valor fundamental, un fin último, para tornarse un instrumento, un medio para alcanzar otros objetivos, como el enriquecimiento económico, la seguridad, el poder, etc.

En el ámbito ético-moral, es común la utilización de la expresión “reificación” (del latin res, cosa) o “cosificación” del ser humano: la persona se transforma en un “objeto”, en una cosa, que puede ser usada y descartada, dependiendo de los intereses de quien la utiliza. En fin, el ser humano tiene un valor comparable a aquella mercadería cuyo objetivo es satisfacer las necesidades y los deseos de quien la utiliza.

En las migraciones contemporáneas, infelizmente, la “relatividad de lo humano” se torna cada vez más común. He aquí algunos ejemplos:

- *El/a emigrante es frecuentemente considerado un simple objeto para maximizar los lucros*: inescrupulosos y traficantes utilizan las personas en movilidad para obtener sus ganancias en dinero; los empleadores se enriquecen explotando el trabajo informal de los inmigrantes irregulares; los países de inmigración lucran negando a los trabajadores extranjeros – sobre todo a aquellos irregulares – el acceso a los servicios sociales básicos; los países de emigración lucran manipulando las remesas de los emigrantes.

* Missiologo. Pesquisador do Centro Scalabriniano de Estudos Migratórios, de Brasília. www.csem.org.br.

- *El/a emigrante es frecuentemente considerado un simple objeto para alcanzar el poder:* en muchos países, el camino más sencillo para vencer disputas electorales se tornó común criminalizar a extranjeros/as y prometer políticas migratorias rígidas¹; de la misma forma, radicalizar la lucha contra el terrorismo – muchas veces identificada con la lucha contra los inmigrantes musulmanes – garantiza, con frecuencia, la aprobación de gran parte del electorado. También, relacionado al poder es el tráfico de personas, sobre todo mujeres, para fines de explotación sexual: en este caso, el poder no es político, sino dominación sobre el otro, el placer en humillar y subyugar a la víctima; en este aspecto pueden ser incluidos también algunos crímenes hediondos practicados contra inmigrantes por grupos *skinheads* y neo-nazis.
- *El/la emigrante es frecuentemente considerado un simple objeto para alcanzar mayor seguridad y amenizar las crisis sociales:* aún teniendo poca o ninguna responsabilidad por las crisis sociales de los países de llegada, los extranjeros y extranjeras comúnmente son usados como “chivos expiatorios”. Se habla de “olas”, “avalanchas”, “invasiones” migratorias con el objeto de crear una cohesión social contra un supuesto enemigo común y fortalecer una identidad nacional en contraposición a los “bárbaros” invasores.

Estos sucintos ejemplos, nos muestran como, en el mundo de la migración, lo “humano” es cada vez más relativo, menospreciado, subordinado a otros criterios y valores. Este es el primer gran desafío de la movilidad humana en el contexto contemporáneo: recuperar al emigrante como ser humano con su dignidad inalienable. En otras palabras, independientemente de la naturaleza y de las causas del proceso migratorio, la persona en movilidad es portadora de derechos que no pueden ser subordinados a la lógica del lucro del poder o de la seguridad nacional e individual. Decir que la dignidad del ser humano emigrante es “inalienable” significa decir que no puede ser “alienada”, no puede ser “vendida”, o mejor, no está a la venta, no tiene precio.

Traduciendo estas afirmaciones en un lenguaje cristiano, podemos afirmar que cada ser humano es creado gratuitamente a imagen y semejanza de Dios (Gn1,26) y, por consiguiente, portador de una dignidad que no depende de su nacionalidad, de su etnia, de su religión o de su moral (cf Gn 9,6) La dignidad del ser humano proviene únicamente del don gratuito de Dios, que creó hombres y mujeres como “sujetos”, “interlocutores”. Es justamente con el género humano que Dios establece su diálogo de salvación. Ese diálogo se fundamenta en el reconocimiento, por parte de Dios, de la dignidad y en el respeto de la libertad del ser humano, aún cuando fuere utilizada contra los planes divinos.

Para los cristianos laicos y laicas scalabrinianos, reconocer la dignidad del/de la emigrante significa tenerlo como “interlocutor”, persona con la cual somos llamados a interactuar, dialogar. Concretamente, eso implica el deber de denunciar las situaciones que “deshumanizan” emigrantes y refugiados y, al mismo tiempo, el deber de multiplicar los espacios de acogida, del compartir, comunión e interlocución, para que las personas en movilidad “redescubran” aquella dignidad menospreciada. En fin, crear prácticas concretas en que emigrantes y refugiados, como sujetos, mantengan relaciones simétricas, solidarias y libertadoras.

Cabe recordar, a propósito de esto, las palabras del Pe. Giorgio Paleari:

¹ “Inmigración es el tema central de las elecciones americanas” Disponible en: <http://www.1.folha.uol.com.br/folha/mundo/ull94u100992.shtml> – Accedido el 16.10.06.

No es hablando mucho de un Dios que es amor que el niño construye su visión del mundo; y sí, a través de “prácticas pedagógicas libertadoras”, el niño y el adulto se tornan sujetos, haciendo experiencia de la fraternidad y, a partir de ahí, ellos mismos, en una constante comparación con la Palabra de Dios, consiguen reconstruir la visión de un Dios que es Padre, que es bueno y que quiere que todos sean hermanos. Es a través de la experiencia, de prácticas nuevas y de nuevas actitudes que el niño y el adulto, como sujetos de la catequesis, son capaces de reformular su visión del mundo².

En fin, ante la “relatividad de lo humano” de emigrantes y refugiados, los cristianos laicos y laicas scalabrinianos son llamados a reconstruir o a “re-crear” la dignidad humana de las personas en movilidad multiplicando prácticas y espacios de relaciones fraternas y solidarias, donde- como afirman las Directrices de los Laicos y Laicas Scalabrinianas – “nadie es excluido y todos son llamados por el Padre por su propio nombre”³.

2. Un mundo en movilidad, un pueblo que se moviliza

Otra característica de las migraciones contemporáneas es su carácter “permanente y estructural”⁴. Estamos ante un fenómeno un poco diferente con relación al pasado. Hoy no vivimos simplemente en una época de grandes migraciones, y sí, en una época en que se vive en “estado de migración”. Algunos ejemplos serán suficientes para elucidar la afirmación.

Hoy en día, además de las 200 millones de personas que viven fuera del país en que nacieron (emigrantes internacionales), tenemos millones de personas que viven fuera de la región o de la ciudad de origen (emigrantes internos), millones de personas que trabajan fuera de la región o ciudad en que residen (emigrantes laborales temporarios), millones de personas que se desplazan temporalmente por turismo u otras actividades. Además, no podemos olvidar las millones de personas que, aún permaneciendo en su propia tierra, experimentan el “hecho migratorio” por la ausencia cotidiana de familiares que emigraron. En fin, vivimos en un mundo en movilidad, en un mundo donde los desplazamientos geográficos se tomaron cada vez más normales, habituales.

Esta movilidad generalizada está comprobada también por la rápida difusión de las llamadas “familias transnacionales”. Por esta expresión entendemos “aquellas cuyos miembros pertenecen a dos hogares, dos culturas y dos economías simultáneamente”⁵. Tratase de familias en que uno o más miembros residen en otro país, pero continúan manteniendo profundos lazos afectivos y económicos. Existen muchas variables de la familia transnacional. Un caso frecuente ocurre cuando el/la jefe de familia emigra para el exterior a fin de trabajar y enviar remesas. Los hijos permanecen en la tierra de origen, bajo el cuidado del otro progenitor o de algún pariente. No tenemos espacio aquí para profundizar este tema. Lo que nos interesa mostrar es que la movilidad humana se tornó un factor tan estructural y permanente que los propios núcleos familiares están adaptándose a esta realidad.

² PALEARI, Giorgio. *Visión del mundo y evangelización*. Un abordaje antropológico. Ave Maria, 1994, p.64.

³ MOVIMIENTO DE LAICOS MISIONEROS SCALABRINANOS – MLMS. *Directrices Generales*.

⁴ *Erga Migrantes Caritas Christi*, n. 1.

⁵ UNFPA, Giorgio. *Visión del mundo y evangelización*. Un abordaje antropológico. São Paulo: Ave Maria.

La búsqueda de trabajo es, sin duda, una de las principales causas de esa movilidad estructural y permanente. El predominio del capital financiero especulativo, el desempleo estructural y la flexibilización del trabajo obligan a millones de personas a desplazarse constantemente en busca de empleo y de mejores condiciones de vida. En muchas partes del mundo, el crecimiento demográfico y la utilización de tecnologías en las áreas rurales ha provocado una expansión masiva del campo y en consecuencia un aumento de población en las metrópolis con sus problemas consecuentes. En los últimos 15 años, de acuerdo con las estadísticas de la ONU, se registra también un aumento acelerado de la emigración internacional en la dirección Sur-Norte, o sea, de los países económicamente más pobres para aquellos económicamente más ricos. Aunque no se trate de una “invasión” – como algunos acostumbran afirmar – representa, con seguridad, un indicador del deseo por un mundo más justo y solidario, un mundo donde todos tengan derecho a la *inclusión biológica* (supervivencia) y a la *inclusión social* (ciudadanía)⁶.

En este contexto, el pueblo en movilidad es también un pueblo que se moviliza en el sentido de rechazar el papel subalterno y la relatividad de la propia humanidad. Las manifestaciones del día 1 de mayo en los Estados Unidos contra las propuestas de la Ley de Extranjero representan el clamor de ese pueblo en movilidad que se moviliza. Millones de inmigrantes – y de personas no inmigrantes solidarias – protestaron pacíficamente, a ejemplo de la lucha de Martín Luther King: así como el pueblo negro segregado reivindicaba, en los años 60 y 70 del siglo pasado, sus derechos a la ciudadanía plena, los inmigrantes luchan, hoy, por una sociedad incluyente y contra la conceptualización criminal, la explotación y la xenofobia.

También en otros países, aunque ni siempre de forma totalmente no violenta, los inmigrantes manifestaron su indignación, su clamor por la justicia y la inclusión. Al destacar estos acontecimientos, nos interesa mostrar que, en los días de hoy, los/las inmigrantes están tornándose sujetos históricos de transformación. A pesar de víctimas, están asumiendo un papel protagónico, rechazando el estereotipo del “inmigrante” pobrecito y “desamparado”. Los/las inmigrantes contemporáneos piden solidaridad, antes que limosna. Ellos quieren participación, antes que beneficios.

Estas reflexiones nos llevan a varios desafíos para los cristianos laicos y laicas scalabrinianos.

- 1) En primer lugar, un mundo en movilidad es un mundo que necesita hacer del “hecho migratorio” un criterio orientador de los análisis, de las evaluaciones, de las decisiones y de las políticas públicas contemporáneas. En otras palabras, sea cual fuere el tema abordado (trabajo, educación, salud, política, familia, religión, deportes, etc) siempre tendrá que ser analizado también a través de una óptica migratoria, o sea, a partir de la óptica de los emigrantes. Las migraciones se tornaron una llave indispensable para la lectura de la realidad. Eso significa que el carisma scalabriniano nunca como hoy fue tan valorado, tan urgente y tan necesario. Para los cristianos laicos y laicas scalabrinianos esto representa una alegría y, al mismo tiempo, una responsabilidad seria: urge influenciar los centros de reflexión, de análisis, así como los centros de decisiones, para que el “hecho migratorio” sea siempre considerado.

⁶ Cf. BAUMAN, Zygmunt. *El Malestar de la post-modernidad*. Rio de Janeiro: Zahar, 1998, p.24.

- 2) En segundo lugar, un mundo en movilidad es también un mundo dinámico, abierto, en constante evolución. La realidad contemporánea pasa por cambios radicales en plazos cada vez más cortos. La movilidad geográfica de los emigrantes acompaña y, a veces estimula esa “movilidad cultural” – en el sentido de cambios culturales – cada vez más frenética. El espacio y el tiempo encogieron! Es la sociedad globalizada.

A pesar de no ser la principal causa de esta situación, las migraciones constituyen un factor ulterior de transformación en contextos ya caracterizados por cambios rápidos y radicales. Un sentido de “desamparo” e “inseguridad” se alastra en muchas sociedades. Esta situación puede generar dos riesgos: 1) hostilidad a todo tipo de cambio y novedad, incluyendo aquellas introducidas por los emigrantes, con el fortalecimiento consecuente de las tendencias fundamentalistas, xenófobas y nacionalistas⁷. 2) renuncia total a cualquier tipo de ideal o valor sólido y estable – pues todo cambia, todo es transitorio – con la consecuente relatividad inclusive de los derechos humanos. Ante estos riesgos, el desafío para los laicos y laicas scalabrinianos, antes que nada, es testimoniar, en palabras y eventos,⁸ la acción del espíritu de Cristo que “renueva la faz de la tierra”⁹, siendo la “novedad”, justamente, un espacio privilegiado de la manifestación de la acción de Dios en la historia. En esta perspectiva, la “alteridad” traída por el/la emigrante, lejos de ser considerada un peligro, una amenaza, se toma un recurso, una oportunidad de un mutuo enriquecimiento cultural, social y espiritual. Por otro lado, si la irrupción de la novedad nos ayuda a no hacer absoluto el *status quo*, ante la fragmentación axiológica contemporánea – o, como prefieren algunos, post-moderna – somos llamados a reafirmar la existencia de valores universales, que, aún constantemente interpretados, traspasan épocas y culturas. En este ámbito, para evitar imponer “nuestros” valores, es importante crear espacios de diálogo donde personas de diferentes nacionalidades, culturas y religiones puedan reflexionar juntas y encontrar convergencias éticas acerca de valores y principios que fundamentan la convivencia humana¹⁰.

- 3) En tercer lugar, cabe a los cristianos laicos y laicas scalabrinianos fortalecer el papel protagónico de los emigrantes. Aunque sea evidente que hay casos en que la ayuda de emergencia se hace necesaria, es importante superar los enfoques exclusivamente para las asistencias. En efecto, al exagerar en el paternalismo o maternalismo, estamos transmitiendo una desconfianza con relación a la capacidad que los/las emigrantes tienen de ser sujetos de la propia historia. En el fondo, se trata de una forma disimulada de relatividad de lo humano.

En ese sentido, en el día a día, es importante no apenas procurar lo que nosotros podemos hacer para los/las emigrantes, sino también lo que podemos recibir de ellos. Nada fortalece más el autoestima y “reconstruye” la humanidad del/de la emigrante como la

⁷ Un síntoma de eso es una reciente noticia que apareció en la mídia internacional, relatando la existencia de cerca de 10 mil neo-nazistas en España (Cf. “Diez mil radicales unidos por la xenofobia” Disponible en: <http://noticias.uol.com.br/midiaglobal/elpais/2006/10/10/ult581u1841.jhtm> . Accedido el 10.10.06.

⁸ Cf. *Dei verbum*, 2.

⁹ Sal 104,30.

¹⁰ Cf. KUSCHEL, Kart-Josef – MIETH, Diermar (orgs). En la búsqueda de valores universales. Concilium 292 – 2001/4.

experiencia de sentirse útil, con valores, enriquecedor para las personas que están a su alrededor. Los obispos latinoamericanos y caribeños, en la Conferencia de Puebla, en 1979, hablaban del “potencial evangelizador de los pobres”¹¹. En forma análoga, hoy, podemos hablar en el “potencial evangelizador de los/las inmigrantes” que, en la alegría y en los sufrimientos, testimonian el ideal de una sociedad sin fronteras, donde la comunión de la “familia humana” se antepone a cualquier distinción de nacionalidad, etnia, religión y clase social.

Apoyar el papel protagónico del/de la inmigrante significa también solidarizarse con sus reivindicaciones. Generalmente, las personas en movilidad tienen más dificultades en reivindicar sus derechos, a veces, por miedo de la deportación, otras veces, por desconocimiento de sus derechos o, sencillamente, por falta de tiempo y oportunidades. En este ámbito, con frecuencia, el apoyo de personas del lugar se torna determinante para que los inmigrantes puedan expresar su clamor por justicia y dignidad.

Finalmente, al considerarse que actualmente muchas personas emigran de los países económicamente más pobres para aquellos económicamente más ricos, asumir la causa de los emigrantes significa denunciar las injusticias y las asimetrías de las relaciones políticas y económicas entre países, y trabajar para la construcción de una sociedad internacional más equitativa y justa, o como sustenta la *Erga Migrantes*, “una nueva misión de la comunidad mundial, considerada como familia de pueblos, a la cual finalmente son destinados los bienes de la tierra, en una perspectiva del bien común universal”¹².

3. Intercultura o monoculturalismo?

Aunque sean relativamente pocos los países con gran porcentaje de extranjeros/as con relación a la población nacional¹³, no hay duda de que la presencia de inmigrantes está aumentando cada vez más. Esto puede provenir¹⁴ de diferentes factores, como el aumento del número total de extranjeros, la mayor diversidad étnica, cultural y religiosa, la creciente cobertura de la mídia sobre el tema y, sobre todo, las reivindicaciones de individuos y grupos organizados de emigrantes.

Para designar esta nueva realidad, se utiliza, hoy en día, palabras precedidas por los prefijos “pluri”, “multi”, “inter” por ejemplo, multiculturalismo, pluricultural o intercultural. El mensaje es claro: las sociedades dejaron de ser homogéneas y monolíticas. El mundo en movilidad es un mundo donde se entrelazan culturas, etnias y religiones. Hoy, no es tan fácil identificar un determinado país con determinados trazos biológicos o culturales. En el pasado, por ejemplo, podía afirmarse con convicción: “los alemanes tienen cutis blanco”. Sin embargo, en la última Copa del Mundo de fútbol, la selección alemana escaló un jugador negro. Hoy día, sólo podemos afirmar: “la mayoría de los alemanes tienen cutis blanco”.

¹¹ CELAM. *Conclusiones de Puebla*. São Paulo: Paulinas, n. 1147.

¹² *Erga migrantes caritas Christi*, n. 8.

¹³ De acuerdo con datos de la ONU (2005), los emigrantes representan más del 20% de la población de apenas 10 países con más de 1 millón de habitantes. Cf. ONU- Consejo Económico y Social. *Seguimiento de la población mundial, con especial referencia a la migración internacional y el desarrollo*. 2006. Disponible en: http://www.cinu.org.mx/prensa/especiales/2006/Migración/población_04_04_06.pdf. Accedido el 24.08.2006.

¹⁴ En esta reflexión insistimos en la cuestión de la “visibilidad de las migraciones”, pues creemos que sea una de las señales de los tiempos. Sin embargo, reconocemos que estamos ante un proceso aún incipiente. En muchos países, los flujos migratorios todavía son totalmente “invisibles”, sobre todo cuando los protagonistas son mujeres.

La complejidad y la diversificación dicen respecto a todos los ámbitos de la cultura: la dimensión de adaptación, la asociativa y la simbólica. En suma, dicen respecto a la identidad de los individuos y colectividades. Aquí estamos nos refiriendo no sólo a las personas que emigran, sino también a aquellas que reciben a los inmigrantes y a aquellos que son abandonados por ellos. Estamos ante un gran número de seres humanos, en situaciones y con características diferentes, pero que comparten la necesidad de responder a una nueva realidad, al punto de generar cambios de identidad. Cómo manejar esa situación? Cómo hacer con que la reformulación de identidad se torne un espacio de crecimiento humano, social y espiritual? Cómo evitar, en estas situaciones, el nacimiento o fortalecimiento de “fobias”, con las consecuentes salidas fundamentalistas, nacionalistas, xenófobas o racistas? Cómo garantizar la integración ciudadana de los inmigrantes y, al mismo tiempo, la “integración” de los miembros de los países de acogida a la nueva realidad generada por la gran inmigración?

Una primera respuesta a este conjunto de desafíos está en una opción fundamental: intercultural o mono-culturalismo? O sea, queremos trabajar por la generación de sociedades plurales y diabólicas (intercultural) o por la exclusión y eliminación de las diversidades (mono-culturalismo)? En cuanto cristianos/as y scalabrinianos/as, creemos que nuestra opción no puede ser otra que no a la intercultural, por diferentes motivos.

Ante todo, desde un punto de vista valorativo, la diversidad representa una riqueza y una oportunidad para el crecimiento humano, social y espiritual de los pueblos, toda vez que sea vivenciada desde la óptica del diálogo y del respeto recíproco. En otras palabras, el problema no está en la alteridad en sí, sino en la dificultad que tenemos – inmigrantes y nativos – en lidiar con ella. Sin duda, éste representa un primer desafío: crear una “cultura de la tolerancia” o, más que eso, una “cultura del diálogo”.

En segundo lugar, la opción por la intercultural proviene de una razón específicamente pragmática: es imposible contener la movilidad humana internacional. Por más que se construyan murallas o se implementen rígidas políticas inmigratorias, el flujo de emigrantes internacionales continuará intenso. Como ya hemos dicho, estamos ante un fenómeno “estructural y permanente” y no de algo coyuntural. En ese sentido, la opción por el mono-culturalismo es meramente ilusoria.

Finalmente, desde un punto de vista cristiano, la intercultural nos remite a las relaciones trinitarias, a la comunión relacional de Padre, Hijo y Espíritu Santo. El modelo trinitario se toma fuente de inspiración para sociedades plurales en que las diversidades son acogidas y compartidas en espacios de interlocución e interacción.

Es en este contexto que se inserta una amplia gama de desafíos inmediatos, como la integración o la incorporación de los inmigrantes; la compleja cuestión de las segundas y terceras generaciones; los desafíos del retorno y de la reintegración; el diálogo interreligioso y ecuménico; la educación intercultural; la medicina transcultural; la promoción de los derechos civiles y políticos de los extranjeros/as; la superación de toda forma de discriminación, xenofobia y etnocentrismo.

Al abordar todas esas cuestiones, es importante que la opción de fondo, el horizonte orientador sea claro: la construcción de una sociedad plural, inclusiva e intercultural, o sea, una sociedad en que las diferentes culturas puedan convivir de forma pacífica, diabólica y recíprocamente enriquecedora.

En este contexto, las comunidades cristianas son llamadas a tomarse señales claras de intercultural, constituyéndose como espacios de diálogo e interlocución entre alteridades, en la búsqueda constante de la presencia universal y vivificadora del Espíritu “que sopla donde quiere” (Jo 3,8). Es claro que eso no dispensa a las comunidades de tomar su posición o, eventualmente, cuestionar determinadas prácticas o ideologías. Sin embargo, la esencia de la identidad cristiana, antes que con preceptos, normas o doctrinas, está en la imitación y en la práctica de aquel diálogo salvador que Dios, desde el principio, instauró con el género humano y su creación, con miras a la libertad integral, histórica y escatológica, de todas sus criaturas.

4. Inspirados/as por la lógica del Reinado de Dios

Un último desafío que nos gustaría tocar se refiere a nuestra relación con la movilidad humana. Hasta ahora vimos aspectos de la movilidad humana que nos interpelan y nos llaman a respuestas urgentes y focalizadas. En este momento vamos a trillar el camino inverso, o sea, nuestra relación con la movilidad humana. En otras palabras, de qué forma nuestra vida, nuestro día a día, se deja interpelar por las urgencias de las migraciones internacionales? El “clamor de los pobres” – decían los obispos de Puebla – es “claro, creciente, impetuoso”¹⁵,... y nuestros oídos? Estamos disponibles, abiertos, “convertidos” para oír el grito de emigrantes y refugiados?

Antes que todo, cabe destacar que, en los días de hoy, emigrantes y refugiados no son apenas personajes de novelas o protagonistas de noticieros de la TV. Vivimos en una época en que todos los países, de forma más o menos intensa, participan de los flujos migratorios como países de origen, destino y/o tránsito. Los/as emigrantes hacen parte de nuestras vidas: son compañeros de trabajo, se sientan a nuestro lado en los ómnibus, frecuentan el mismo colegio de nuestros hijos, piden socorro en el medio de la calle. El clamor de ellos es mucho más próximo de lo que imaginamos. Como el caso del samaritano de la parábola de Lucas¹⁶, los inmigrantes que claman por las injusticias están caídos en el medio de las calles por donde pasamos; o, como en el caso del endemoniado geraseno de Marcos¹⁷, ellos vienen a nuestro encuentro, gritando por libertad.

Sin embargo, a pesar de la proximidad física de los emigrantes y refugiados, a veces tenemos dificultades para lidiar con ellos. Esbozamos dos razones: 1) el miedo de tener que abrir mano de algo que consideramos fundamental para nuestra felicidad y 2) la dificultad de lidiar con la alteridad.

En lo que se refiere al primer punto, la cuestión es específicamente económica: la acogida al emigrante es una invitación al compartir. Compartir nuestras viviendas, nuestras refecciones, nuestro salario y sobre todo, nuestro tiempo – lo que no deja de ser una cuestión económica, pues, en la sociedad capitalista, “el tiempo es dinero”! A veces el miedo de tener que abrir mano de “riquezas” que consideramos necesarias para nuestra felicidad nos distancia de la solidaridad con los emigrantes y refugiados.

En cuanto a la dificultad de lidiar con la alteridad, creemos que el hecho que más nos molesta en las migraciones contemporáneas es justamente la diversidad étnica, religiosa y/o cultural de las personas que llegan. En Italia, por ejemplo, la presencia de un español católico no

¹⁵ CELAM. *Conclusiones de Puebla*. São Paulo: Paulinas, n.89.

¹⁶ Cf. Lc 10, 29-37.

¹⁷ Cf. Mc 5, 1-20.

genera tantas reacciones como la de un senegalés musulmán; o, en los Estados Unidos, la presencia de un canadiense blanco, no es tan cuestionada como la de un mejicano mestizo. En fin, el/la inmigrante no es apenas el pobre a ser libertado, sino también el “otro” que pide su espacio, que quiere ser reconocido en su alteridad. A veces, es más fácil acoger al emigrante hambriento y sediento¹⁸ de que acoger al emigrante “extranjero”¹⁹, o sea, lo extraño, lo otro, lo diferente.

En fin, las interpelaciones de la realidad migratoria contemporánea pueden no tener ningún efecto en los agentes de pastoral si no son acompañados por un proceso de “conversión” constante a la lógica del Reino de Dios. Esa conversión implica varios factores entre los cuales queremos destacar apenas dos:

- a) *Acoger la alteridad como factor de crecimiento y fidelidad al Dios de Jesucristo.* La diversidad religiosa, étnica y cultural de los/as inmigrantes nos desafía, nos cuestiona, rompe nuestros hábitos cotidianos, pero, al mismo tiempo, nos enriquece, nos invita a ir más allá, a superar nuestros estrictos límites. En la tradición cristiana, el otro lugar es de encuentro con el Totalmente Otro. Dicho de otra forma, nuestra capacidad de acoger la alteridad divina es proporcional a la capacidad de acoger la alteridad humana, de la misma forma que el amor de Dios es proporcional al amor al prójimo. El proceso es circular: acoger a Dios, - lo Totalmente Otro – nos ayuda a acoger lo “otro” emigrante, de la misma forma que acoger lo “otro” emigrante nos ayuda a reconocer y a aceptar la presencia de Dios.
- b) *Asumir como opciones de vida las herejías del “credo neoliberal”* . En los tiempos dominados por el neoliberalismo, se difunde el credo, la “profesión de fe” en las capacidades redentoras del mercado: se cree que la felicidad esté en el consumo de mercaderías! Como es común que ocurra, las profesiones de fe generan también “herejías”, o sea, credos alternativos, heréticos, que cuestionan los credos oficiales. Hoy en día, las herejías del “credo neoliberal” son: no enriquecerás más que lo necesario para vivir con dignidad, no colocarás el lucro por encima de la dignidad humana, no contaminarás y no desperdiciarás los recursos naturales no renovables y, sobre todo, no tendrás otro Dios que no sea Jesucristo, o sea, no buscarás la felicidad a no ser en la lógica del Reino! Hoy en día, la acogida, el compartir y la comunión con el/la inmigrante sólo serán posibles si los agentes de pastoral asumen como opciones de vida esas herejías del “credo neoliberal”. Caso contrario, habrá siempre un conflicto de intereses entre el deber de compartir y el miedo de perder riquezas consideradas fundamentales para la propia auto-realización.

En este sentido, vale la pena concluir con las palabras de Don Franco Masserdotti, obispo de Balsas – MA, quien falleció recientemente, palabras escritas después de la muerte de Don Luciano Mendes de Almeida:

La verdadera muerte ocurre cuando colocamos nuestra esperanza y el sentido de nuestra vida en la posesión, en el poder, en el placer sin reglas, cuando cerramos nuestro corazón al prójimo y nos dejamos llevar por el egoísmo. La verdadera muerte es cuando tenemos miedo de perder nuestra vida por causa de Jesús y del Evangelio (cf. Mt 8,35).

¹⁸ Cf. Mt 25,42.

¹⁹ Cf. Mt 25, 43a.